

Field, Thomas; Krepp, Stella y Vanni Pettina (eds.). *Latin America and the Global Cold War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2020, 440 pp.

Los catorce artículos que conforman *Latin America and Global Cold War* buscan, en conjunto, descentralizar las investigaciones sobre la Guerra Fría en América Latina al estudiar sus relaciones más allá de las potencias globales —Estados Unidos y la Unión Soviética— y centrándose en el resto de los países conocidos como el Tercer Mundo, hoy llamado Sur Global. Por lo tanto, un primer objetivo es describir las interacciones y participación de los países latinoamericanos con estas «otras regiones conocidas colectivamente como el Tercer Mundo». Un segundo objetivo, aunque no menos importante, busca posicionar a América Latina en el escenario global —«rearticulando la historia Latinoamericana como historia del Tercer Mundo» (7).

El libro está dividido en dos secciones ordenadas cronológicamente. La primera sección analiza casos de nacionalismo; y la segunda, de internacionalismo. Los artículos abordan temas sobre Brasil, Nicaragua, México, Cuba, entre otros. Los diversos estudios publicados en la colección han sido escritos tanto por académicos establecidos y emergentes como por profesionales de las academias estadounidense y latinoamericana. Se aprovecha así una variedad de perspectivas y se descentraliza la producción académica.

El volumen no pretende solamente describir estos puntos convergentes, sino «facilitar el redescubrimiento de ambos conceptos geográficos», es decir, América Latina y el Tercer Mundo (7). En ese sentido, una de las riquezas de este logrado libro es tratar al Tercer Mundo como un concepto político y, por lo tanto, como un espacio contingente y cambiante. Así, por ejemplo, para Thomas Field, el Tercer Mundo se transforma de un movimiento para la descolonización a una crítica socioeconómica del «neocolonialismo». Por otro lado, la variedad de temas y la amplitud de

casos tratados enfatiza las circunstancias políticas de la enunciación de esta construcción geográfica y política. Como señala Eugenia Palieraki en su artículo, el Tercer Mundo se convierte así no solo en el espacio donde se desarrollan los hechos, sino en un marco *mediante* el cual se van a explicar los mismos (275, énfasis en el original).

Dentro de este marco explicativo, los ensayos muestran un panorama donde países como India y Argelia, por mencionar algunos, tienen un papel preponderante en la política exterior tanto de gobiernos como de corrientes políticas, con particular énfasis en la solidaridad Sur-Sur entre movimientos de izquierda. Esta búsqueda de descentralizar los estudios de la Guerra Fría e insertar América Latina en el escenario global es más que bienvenida. Como señala Christy Thornton, a pesar de los puntos en común entre los problemas socioeconómicos e intereses políticos de los distintos actores sociales en África, América y Asia (y que justamente dieron pie a la formación del Tercer Mundo), la historiografía sobre el tema «hace imposible entender estas regiones del mundo en conjunto» y, a pesar de las llamadas a descolonizar estas experiencias, existe una «inhabilidad para cruzar barreras cronológicas e historiográficas entre las regiones del Sur Global» (306). El libro logra exitosamente cruzar estas barreras y posicionar a América Latina en estos debates.

En ese sentido, el rol de Cuba como bisagra entre el Movimiento de los No Alineados y el bloque soviético, que canaliza aspiraciones nacionalistas y antiimperialistas de América Latina, es un tema recurrente. Por lo tanto, la Revolución cubana no es solo analizada como tradicionalmente se hace en el contexto de la Guerra Fría latinoamericana (como un ejemplo revolucionario o directamente como instigador de movimientos populares), sino como un actor político fundamental, con sus propios intereses, objetivos y aspiraciones en el escenario internacional. Más aún, como demuestra el artículo de Field, el tema de Cuba no solo generó discusiones al nivel diplomático, sino que se insertó en discusiones políticas internas. Por ejemplo, para el caso de Bolivia, Field argumenta que el factor cubano sumió al país en «polarizaciones no deseadas» de la Guerra Fría (55).

Como crítica menor, a pesar de estos notables aportes teóricos y metodológicos, la ampliación de la perspectiva analítica que se aleja de la historia diplomática y que enfatiza espacios no tradicionales para entender las relaciones entre los países es, quizás, el objetivo menos logrado. Por ejemplo, el artículo de Miguel Serra sobre India y Brasil, el cual se concentra en las relaciones diplomáticas entre Nueva Delhi y Brasilia. A pesar de ello, el trabajo con fuentes diplomáticas puede resultar en fascinantes artículos, como en el caso de Stella Krepp y su trabajo sobre Brasil y el Movimiento de los No Alineados, donde el análisis de confrontaciones diplomáticas resulta en interesantes espacios de conformación de grupos políticos. «El enfrentamiento entre dos corrientes ideológicas —el nacionalismo y el internacionalismo del Tercer Mundo— iba a persistir en los encuentros entre América Latina con el proyecto tercermundista en las décadas siguientes» (109) anota la autora, enfatizando nuevamente la contingencia de la categoría de Tercer Mundo, en vez de su uso como categoría preestablecida. Es en las relaciones (culturales, políticas y económicas) entre el Tercer Mundo y América Latina donde el libro tiene sus momentos más notables.

Si bien el Perú es actor secundario de algunas de las historias y argumentos —por ejemplo, en la expansión nuclear de Argentina, que dio pie a la construcción de un reactor en Lima—, no por ello deja de ser un libro interesante para los peruanistas. Los lectores peruanos, o aquellos interesados en la historia peruana, encontrarán en el libro tanto artículos que fomentan perspectivas comparativas como modelos para dar una nueva mirada a las relaciones internacionales y moverse más allá de esquemas políticos polarizantes, ayudando así a afinar perspectivas sobre el rol peruano en el escenario internacional. En particular, destaca el ensayo de Sarah Foss sobre Guatemala y las estrategias de desarrollo comunitario, que tiene interesantes paralelos con la situación peruana. En Guatemala, como en el Perú, se optó por adoptar la teoría de la modernización y convertir a los pueblos indígenas en una ciudadanía homogénea, predecible y controlable. Los esfuerzos de la élite guatemalteca, apoyados por las agencias de ayuda estadounidenses, ayudaron a consolidar, en palabras de la autora, un régimen político antidemocrático.

Este predominio de la ayuda humanitaria, supuestamente apolítica, en las relaciones diplomáticas está presente en toda la región y solo recientemente ha sido estudiada, por lo que urge examinar el tema para el caso peruano. En ese mismo sentido, las discusiones sobre el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) boliviano en el artículo de Field son igualmente importantes para quienes quieran aproximarse a la esfera andina durante la Guerra Fría. El gobierno del MNR, plantea el autor, fue un verdadero intento de aplicar el tercermundismo, en tanto Víctor Paz Estenssoro intentaba ser el «Tito» de América Latina, jugando en paralelo con Washington y Moscú. El marco argumentativo de Fields, quien utiliza tanto entrevistas personales como documentación inédita obtenida en Estados Unidos, resulta útil para pensar la llamada «revolución peculiar» peruana: el gobierno de Juan Velasco Alvarado, quien de alguna manera también buscaba posicionarse como parte del Movimiento de los No Alineados.

En resumen, el libro editado por Fields, Krepp y Pettina trae originales aportes a la historiografía de la Guerra Fría en América Latina. A los notables aportes individuales del texto, se suma un enriquecedor marco teórico y metodológico que con seguridad será de mucha utilidad a quienes quieran explorar temas relacionados a este periodo y la posición de América Latina en el Tercer Mundo.

Cayetana Adrianzén Ponce  
*New York University*  
cayetana.ap@nyu.edu